



Duplicado



nochebuena

Suplemento de
blanco y negro
n.º 5

Ayuntamiento de Madrid



LA SANTA ALEGRIA DE NAVIDAD.

Será llamado Hijo del Altísimo... Y su reino no tendrá fin. (SAN LUCAS)

HACE veinte siglos... Cumplíéronse las profecías, y en el pobrísimo establo de Belén nació, concebido sin pecado, el Hijo de Dios. Su madre fué la siempre Virgen María, esposa del carpintero José.

Era Dios y pudo presentarse ante los hombres con todo el esplendor de su gloria, con el aparato de su omnipotencia, con la ostentación de su majestad, eclipsando a los más sabios, a los más opulentos, a los más temidos y respetados, a cuantos ejercen influencia en los pueblos como poseedores de fuerza, riqueza, talento y virtud.

Pero, siendo Dios, quiso ser hombre y quiso cifrar su mayor grandeza en la bendita humildad. Por ello eligió para su nacimiento el misero abrigo de la gruta belemita; por eso sus primeros súbditos son rudos pastores, que acuden a rendirle adoración atraídos por el llamamiento de emisarios angélicos; por eso su padre adoptivo es un modesto artesano, y sus discípulos serán pescadores que abandonarán las barcas y las redes para aplicarse a la tarea de sembrar en las almas la verdad y el amor...

Nace el Niño ¡y llora! Así se somete a la ley natural, que impone el llanto a toda vida que comienza. Las gotas del matutino rocío son lágrimas del día alborante, y los luceros son el lloro anunciador de la noche.

Y al enjugarse al calor de los besos maternos las primeras lágrimas del Hijo, en el instante más sublime y más dichoso de la grey humana, Jesús deja florecer en sus labios una sonrisa inefable de perdón, de ternura, de infinita misericordia para todos los que ya son sus hermanos.

En el pobrísimo establo de Belén se ha encendido el sol de los soles, el que nunca ha de extinguirse, el que dirá "yo soy el camino, la verdad y la vida", el que pedirá que dejen llegar hasta Él a los niños; el que buscará, para aliviarlos, a los afligidos y agobiados por la pesadumbre de su carga; el que otorgará bienaventuranza eterna a los pobres, a los limpios de corazón, a los que lloran, a los que sienten hambre y sed de justicia... el que nace para sufrir y morir operando el portentoso de la Redención.

Y para eso—según palabras de San Juan—el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y nosotros hemos visto su gloria.

La sonrisa que, en la noche navideña, floreció en los labios de Jesús, se torna siempre viva de felicidad, manantial de sana alegría; luz que, a través de sombras y desengaños, se filtrará en las conciencias, llevando a ellas, con la emoción del recuerdo, el consuelo de un fulgor...

Hace veinte siglos.

Hay una noche, una noche excepcional en cada año, que lleva el expresivo nombre de Nochebuena.

Es una tregua en el batallar cotidiano; un remanso en la turbia y desatada corriente de las pasiones, un paréntesis de apaciguamientos en los odios, rencores y apetitos que conturban y soliviantan a la Humanidad. En esa noche los que no son buenos quisieran serlo; los buenos se esfuerzan por ser mejores, y el mundo cristiano siente anhelos de fraternidad, de amor al prójimo, de algo indefinible con suave perfume de caridad, con anhelos de esperanza, con reafirmación de convicciones en los creyentes, con envidias—que son vislumbres—en los que no han tenido o perdieron la confortación de la fe.

El mundo está iluminado por la sonrisa del Divino Niño.

En el hogar se congregan las familias, y el júbilo asoma en los semblantes, y estalla en las risas infantiles, y crea una atmósfera de optimismo, de tolerancia, de benevolencia; se suavizan, aun cuando sea efímeramente, las asperezas de carácter; se experimenta una mayor compasión hacia los desvalidos, un sincero afán de que todos disfruten la alegría de la Nochebuena, de que nadie carezca en aquella velada del calor material y del calor de la simpatía, de un pedazo de pan para calmar el hambre, y, también, de algo superfluo, de una parte de la abundancia y del regalo con que los pudientes festejan el aniversario del advenimiento del Mesías.

Y es conmovedor el espectáculo que ofrecen los padres y los abuelos sintiéndose niños para colaborar con los niños en la instalación y adorno del Nacimiento—montañas de corcho, riachuelos de vidrio, ovejas de barro y contrastes anacrónicos graciosamente ingenuos,—donde bajo tosco portal se agrupa la Sa-





grada Familia: María y José embelesados junto al Hijo, y en torno de ellos los pastores agasajando con sus ofrendas al Niño, que los contempla sonriente. Matas de madroñeras, jarales y romero rodean al Nacimiento, poniendo en él verdores y efluvios campestres. Entre repiqueteos de panderetas y ronquido de zambombas se alzan los villancicos—flores de poesía popular—que evocan y cantan la Natividad de Jesús.

Los rumores del regocijo general llegan hasta los refugios del dolor, hasta los lechos en que los enfermos aguardan curación para sus lacerias,—hasta las leproserías en que los malatos desesperan de verse limpios de sus impurezas... Pero también allí irradia la sonrisa consoladora del tierno Infante, y el doliente sabe que esa sonrisa es bálsamo: *Salus infirmorum*; y el corroído por la lepra no olvida que hace siglos el Niño, en el cumplimiento de su tarea redentora, acarició a otros hombres llagados y pestilentes y les devolvió la sanidad. La misericordia divina ha querido que en el alcázar del Cielo esté abierta por siempre abierta, la ventana del milagro, revelación de Dios.

En los recintos conventuales, nidos de almas que acudieron al llamamiento del Sembrador, rebaños acogidos en los rediles de la fe católica, es gozo indescriptible la celebración de la Nochebuena; gozo que se desborda en silenciosas lágrimas, en plegarias afervoradas, en dulcísimos besos depositados en los pies de la imagen del pequeñuelo que sonríe descansando en un montoncito de rúbia paja. Las vírgenes del Señor se prosternan ante la pureza infinita; los sabios teólogos se arrodillan ante la sabiduría suprema, y el volteo de las campanas y las trompetas del órgano y los latidos de los corazones son, como los pastores de Belén y como los astros del firmamento: pregoneros de la gloria del Señor.

Los ciegos del alma, los ateos, los escépticos, los que dudan hasta de sus dudas, no consiguen aislarse y sustraerse al alborozo universal. También ellos se dejan llevar por la corriente letificadora de la Nochebuena. Si se les pregunta la razón de su alegría se encogerán de hombros y excusarán la respuesta o no sabrán darla. Creen que es obra de contagio, de espíritu imitador, acaso de un imperativo de educación, de conveniencia social para no singularizarse. Esto creen, y se equivocan. En lo más íntimo y recóndito de la conciencia, a despecho de la voluntad, influye la sonrisa del Niño.

Y así desde hace veinte siglos.

Por el breve término de unas horas, la santa alegría de Navidad abre la tregua de Dios y realiza el sueño de la fraternidad universal.

Esta Nochebuena señalará un armisticio momentáneo en los pueblos guerreros y un acallamiento en los enconos de los que se aprestan a guerrear.

En las aldeas de Etiopía, en los campamentos italianos, en los formidables acorazados que surcan los mares acechando la ocasión de lanzarse a empresas fratricidas, cuando suenen las campanadas de las doce de la noche, burbujeará en los pechos la esperanza dichosa y asomará a los labios la salutación angélica: —¡Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

Y el Hijo del Altísimo, el Rey que reina y reinará sin fin, continúa con los brazos amorosamente abiertos, sonriendo, sonriendo...

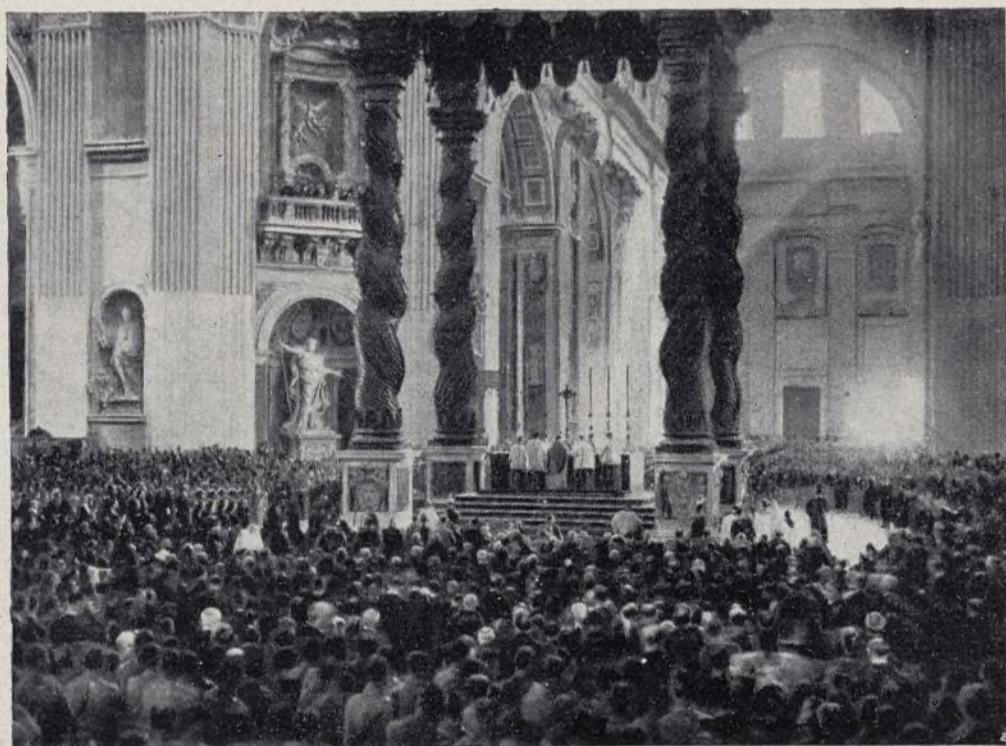
(DIBUJOS DE C. S. DE TEJADA)

M. R. BLANCO-BELMONTE



C.S. de Tejada

Ayuntamiento de Madrid



LA NOCHEBUENA EN ROMA

UNA noche de diciembre de 1827 cuando el caballero Stendhal estaba dormido, le despertó un son agreste de zambombas. Eran aldeanos de las montañas sabinas y apeninas que bajaban a darle serenatas a la Virgen de Roma en ocasión de la fiesta de Navidad. "Llegan quince días antes y retornan quince días después a sus chozas. Su cantinela es larga y melancólica..." ¿Melancólica? Las gaitas de mi país cantan a dúo con una danza alegre en los agujeros, y en lo alto una nota de plata lunar trémula y triste. Alegría y melancolía, ternura a dos voces, las conmueven. Pero esa ternura doble, en donde se juntan los opuestos, esa armonía de contradicciones, ¿no es justamente lo propio del cristianismo? Júbilo por el nacimiento del Señor, gran coro cósmico, pandero lunar, sonajas de luceros; y a la vez la anticipada visión del sacrificio, sombra profunda, sangre, luto. Al asnillo le trotan las patas que se han vuelto de cristal. Y a la vaca se le humedecen en los ojos todo el paisaje del Calvario. No, no puede quitársele a la emoción cristiana eso que en nuestro pobre idioma llamamos paradojas por no saber cómo llamarles, ámbito divino en donde toda lucha se hace concordia y toda porfía se hace paz.

Zamponas del Apenino, alma en piel de cordero, cornamusas, pifanos. En un grabado del Pinelli se ven dos pastores—capa de paja, polainas—bajo un farol. Allí está una hornacina, con la madre y el niño. Dos guardias suizos oyen el villancico desde lejos. La piedra solemne y el mármol del Vaticano, callan. Callan o escuchan.

Porque la emoción navideña es una emoción musical. El alma se hace toda oídos para sentir en lo hondo un susurro místico y muy tenue que rebulle en los últimos estratos, en los últimos regatos de la vida. Es como si le diesen cuerda a un reloj de música. Oímos los vientos y los cuentos de la infancia. Vientos, relojes, melodías.

Una Nochebuena remota llegó a Roma, desde Germania, el primer órgano de que haya noticia. Se lo envió el obispo de Frisinga al Papa Silvestre II. Fué a fines del siglo X, cuando el milenario ululante amedrentaba al Occidente. Desde esas estepas asiáticas donde, según el donaire de un jesuita, el hombre tiene "un suplemento de pecado original", desde esas tierras paridoras y desnudas, vientre de cosacos, una invasión cruzó los Urales. Traían a la grapa hambre, peste y espanto. Todavía hoy, a diez siglos de distancia, la crónica espeluznada del turense obscurece los ojos al leerla.

Se tornó estéril la tierra, mil cuchillos de hielo acuchillan los frutos; ya no crece la hierba ni en San Juan canta el grillo. ¿Dónde quedó el verano que no viene? ¿Por dónde anda el sol que las nieblas lo buscan y no lo hallan?

Se comen unos a otros los rebaños. El cordero se ha vuelto lobo, de tanta hambre. Irascibles, los ríos saltan sobre los puentes e inundan las ciudades. A morir tocan. En Tours, las campanas, ellas solas, doblan a muerto. "Dies iræ, dies illæ". A la noche—y siempre es de noche—el viento se desgarran en "Stabat Mater". Se amontonan en piras de gritos, llamas de ébano, a las puertas de las iglesias los apestados. A ése, la lepra le ha comido el rostro; a aquél, le devoró a mordiscos una mano. No se cuentan los muertos, no se barren los cadáveres arremolinados en las plazuelas. Terribles señales se advierten en la cólera del cielo. Nubes al galope con espuelas de azufre. Un cometa ha traído una lluvia de sangre. Entonces los hombres, llenos de pavor, huyen a los bosques. Va a acabar el mundo. ¿No veis el Anticristo? En medio de ese sentimiento quiliástico, de aniquilamiento inmediato, un artesano inventa el reloj de pared, para que en las iluminadas altas torres, el corazón del cosmos le dé a Dios su agonia. Pero otro artesano gótico inventa algo mejor. Debíó ser un monje de cualquier monasterio perdido en la germánica floresta,



En el bosque la angustia del pueblo aterrorizado se astillaba en pavores, clamores, vendavales. Era la desesperación desnuda ante la muerte. La desesperación. Pero el cristianismo es eso: esperar cuando ya no queda esperanza; creer cuando ya no se ve. Sobre el tumulto humano y silvano se yergue un alba de maitines. De la altura viene un colegio de ángeles. Sobre el río en crecida, salta con siete patas el arco iris en flor. Y entonces el monje gótico coge la floresta en desgracia, la sienta en las rodillas, y la dora con un rayo de miel; Que eso es el órgano: un bosque en llanto y canto, agonías de ramas y júbilo de pájaros, porque ha nacido el sol.

Il est né le divin enfant
Sonnez hautbois, résonnez musettes.
Il est né le divin enfant
Sonnez hautbois, résonnez souvent.

Mas ya antes de que llegase el órgano, otra floresta germánica había llegado en la Navidad a Roma. El rey de los francos envejecía en Aquisgrán, pero su corazón aun le pedía empresas. En su dorada y granada madurez un alto varón se le acercó una noche para que fuese a rescatar el sepulcro del apóstol, allá en el Finisterre, siguiendo la vía de la astral Galaxia. A punta de lanza pudo abrirse camino en "Espagne la Grant" entre enconadas orillas de morisma. Mas al retorno, la traición que seguía sus pasos sorprende al buen Roldán y a la flor de los paladines. ¡Ay, y qué triste el sonido de olifante en las hondas cañadas pirenaicas! Después peleó en Sajonia contra las gentes recaídas en totémicos lodos prehistóricos. Ahora su barba es blanca y al fuego dulce de la chimenea el buen Alcuino le lee historias latinas de otros tiempos, que sus ojos esclarecidos e ignorantes no pueden deletrear.

—Alcuino, ven acá. Acércate y dime qué dice este códice.

—Cuenta la historia de un Emperador en Roma.

Conforme Alcuino lee, la sangre del viejo franco se anima de abrileno verdor. Le sube una savia de gloria en primavera, con chillidos de calandrias alegres. En la chimenea recobra el fuego, de un salto, todo su rojo ardor aleonado. La nieve de su barba es un rosal.

—Dices que Emperador, ¿verdad? Los pontífices le otorgaban el cetro y él prometía defender los dioses, cuidar las gentes y administrarlas con justicia. Bien, para los cristianos no hay más que un Dios y un pontífice. Tú me has contado otra vez que los feudales le atropellan, invaden sus estados y no tiene un escudo que lo defienda en este mundo. Que allá abajo no hay un poder fuerte capaz de imponer respeto y paz. Eh, Alcuino, ¿eso has dicho? Pues suena el olifante y haz que preparen mulas. Oye, esa Roma de que hablas, ¿queda muy lejos?

Seguido de sus barones y sus lanzas, traspone Carlos los pasos alpinos, como veinte años antes traspusiera la antigüedad del Pirineo. Ni tempestades del Triol ni lombardas llanuras fatigan el trote de su vieja mula. Con ijares de estrellas la enardece, que el camino es largo y él no quiere más posada que el cristiano pesebre. Ha de llegar a Roma a una hora fija. Al filo de las doce, en



LA BELLÍSIMA NATIVIDAD DE LA CATEDRAL DE ORVIETO (ESCUELA DE JUAN DE PISA)

EL MOSAICO DE SANTA MARÍA MAYOR, DE ROMA, BASÍLICA "AD PRAESEPUM" EN DONDE ANTES CELEBRABA EL PAPA LA MISA DEL GALLO



la Nochebuena, hay misa en Letrán. En una piedra se arrodilla, humilde, rey mágico de una edad terrible y delicada. Se abate el poder de este mundo, con todos sus reinos, ante el niño cuyo reino no es de este mundo. El Papa le otorga el cetro y la corona, emperador de la Europa florida. Nochebuena más buena que esa del 800—hace ahora 1135 años—jamás la cristiandad la conoció.

*Il est né le divin empire
Sonnez hautbois, résonnez musettes.*

El Imperio era niño entonces, y siempre lo será, porque los hombres son débiles, las pasiones tuercen la vara de la justicia, y nadie se resigna tampoco a esperar la plenitud de bienes en el único seno donde se puede alcanzar. Se desesperan los individuos, las clases, los países al no obtener cuanto quisieran. En el fondo de cada cual, aquello que tenemos de lobo aulla con sorda voz. En cuanto se hostiga la jauría insaciable del instinto, la humanidad se devora. Nos llamamos unos a otros enemigos, y el enemigo lo llevamos dentro. Eso la sabiduría de la Iglesia no lo ignora. Por ello nos pide que domemos con duras disciplinas los siete pecados capitales, de los cuales es el primero la soberbia.

Y cuando ya esos malos instintos están en acto, cuando ya la jauría hambrienta se enfurece, entonces la Iglesia pide al menos una tregua de Dios, un armisticio. Y así en las peores épocas de la Historia, en la noche de Navidad los irascibles guerreros han depuesto las armas. Homenaje de los poderes terrenales, acongojados por la angustia del dominio, al niño que nació en un establo y dió su sangre para que se reconciliaran en él todas las gentes.

Ese pleito homenaje de la potencia mundana, la Iglesia lo subraya desde los primeros siglos. En sus más antiguas representaciones iconográficas, la fiesta de Navidad ya aparece unida a la de los Reyes Magos. Una estrella las prende a entrambas con hilos de oro en las pinturas de las catacumbas (como la de Priscila, del siglo II), en el sarcófago laterano y en los mosaicos de Santa María Mayor, basílica "ad praesepe", en donde antes se celebraba la misa pontifical.

De estas dos fechas que la Iglesia ha unido, el mundo nórdico, por influencia del protestantismo, las confundió. Propiamente en los países del Norte no hay Reyes Magos. El padre Noel trae los juguetes el 24 de diciembre y las golosinas se amontonan al pie del pino. En esos países de penumbras y anticipadas crepusculos, la Nochebuena tiene una confusión sentimental y vegetal de impresionante ternura. La liturgia se confunde y al confundirse se apiña. Apiñada en torno al abeto del hogar, la familia entona cantos que son como un secreto hecho melodía y susurro, mientras en la nieve las luces llaman al viandante aterido. Vaga la niebla sonora por la noche y un lago de luz cantan campanas ahogadas. Conmovedora Natividad de Geertgen de Haarlem, hoy en la National Gallery de Londres. Frio azul de la sombra mordida por los dientes crudos de la intemperie, y abajo, en la cuna, aun informe, el Niño, laguna de claridad irresistible, naciendo de él y atrayendo a él, como vagas mariposas, a rebaños, pastores y querubines que vienen a pacer ese rubio sol de media noche.

Encanto musical y abisal que de puro emotivo mete miedo, como un naufragio en el mar. Pero las gentes del mediodía prefieren cosas palpables y tangibles, maderos de salvación a donde el alma, ya de por sí huidiza, se pueda asir. Quizás por eso, la Nochebuena en el Sur es menos íntima, menos entrañable, y ¿cómo diré yo?, más escultórica y arquitectónica que en el Norte. Una es hogareña, privada y lírica; otra es callejera, pública y civil.

En Roma, que es sin duda la ciudad menos íntima y más arquitectónica que conozco, la Nochebuena tiene un carácter a la vez opaco y solemne. "Urbi", o "orbe". En la urbe carece totalmente de significación propia: una misa en Santa María Mayor, algún pesebre en la plaza de España, los pavos de la plaza Navona, el tumulto aburrido y sin gracia de cuatro transeverinos. Pero en cambio para el orbe la Nochebuena del Papa tiene plenitud de significación. Tras la misa en San Pedro, el 25 a la mañana dirige el Pontífice un mensaje por "radio" a todos los hombres y todos los pueblos para que depongan porfías en la paz del Señor.

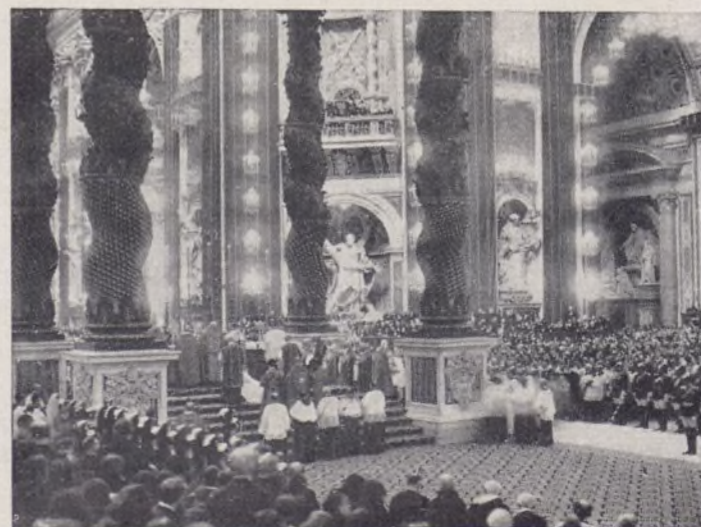
El mensaje, siempre eternamente igual a sí mismo en el fondo, este ha de tener, estamos seguros, un conmovido acento de imprecación y apelación. 1935 años después del nacimiento de Cristo, allí donde no hay cruda guerra de naciones hay sorda guerra de clases, y en todas partes el odio priva sobre el amor.

Los más terribles flagelos se multiplican y mil presagios advierten una crisis hondísima en todo ese frágil conjunto de bienes a que llamamos cultura. Parece como si otra vez, al acercarse el milenario, el mundo se abriese en ancho campo al Anticristo, y la hierba temblase con angustia quiliástica al oír el galope de las hordas. Una tremenda recaída nos amenaza. Las pasiones del demos avasallan los límites y en todos los diccionarios íntimos la codicia ha borrado la hermosura de ese vocablo que resume la esencia misma del cristianismo: "resignación". ¿Quién se resigna hoy? ¿Qué hombre, clase o país se conforma paciente, humildemente con la inevitable pena de un mundo que es tan sólo un camino y no un fin?

Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas? Obscurecidos de sus propios furios, apestados de resentimientos y rabias, los europeos tornan, como hace ahora diez siglos, a cubiles silvanos e inhumanos. Entre los bosques de chimeneas fabriles ruge la desesperación. Pero El nos dijo que en medio de la desesperación hay que esperar. Colgando de grises, ahumadas ramas, la música antigua, cantemos, con todo, oh tristes cornamusas, el villancico alegre de los reyes francos.

*Il est né le divin enfant
Sonnez hautbois, résonnez musettes.
Il est né le divin enfant
Sonnez hautbois, résonnez souvent.*

EUGENIO MONTES





★ LA
ADORACION
DE
LOS REYES ★

Cuadro de Rubens
Reproducción por el Profesor
Eug. Norman



Villancicos de las

Evocación

...Que por las verbas del prado
y por los riscos del monte,
camina que te camina
en duras jornadas dobles
hacia el Portal de Belén,
vienen los pastores...

Que una estrellita abrió cauce
en las sombras de la noche
y celestiales trompetas,
por cuatro esquinas del orbe,
despabilando su sueño,
decían con claras voces:
"¡Gloria a Dios en las alturas!
¡Paz, en la tierra, a los hombres!"...
Que Antón Burgo y Blas Cantero,
Pero Gala y Nuño Ponce
se dicen: "¡qué luz es esta
que ciega de resplandores?"...
Que Lucilo, el de Comina,
con Llorente y Martín Lope,
Gil de Porras, Men Revuelta,
Juan Lantisco y Sancho Azogue,
saliéndoles al camino
y uniéndoseles, responden:
"La Pastora Mazarena
ha dado a luz a las doce
el más galán Infántico
que vieron nunca los hombres..."

¡Ay, estrella de plata,
chiquita bonita,
qué bien que me alumbras,
para llevarme hasta el Niño,
bonito chiquito,
que no tiene cuna...!
¡Su padre, que es carpintero,
no le ha podido hacer una...!

Por atrochas y veredas
van los pastores,
zapateando en la nieve
que la recia abarca rompe;
llevan tiritando el cuerpo,
calientes los corazones.

Gaitillas y rabeles,
dale que le dale,
tañen acordes,
para festejar al Niño,
suena que te suena,
que nace tan pobre.
Y traen bajo sus pellicos
orzas de miel y de arrope,
tortas de trigo y maíz,
castañas y requesones...
¡Ay, niño de mi vida,
sol de los soles,
y qué guapo eres!;
con tu cuerpo chiquito,
tan blanquito y puro
como la leche,
entre las pobres pajas
—¡qué pena tengo!—
de aquel pesebre
que con su vaho calientan
—¡Dios se lo pague!—
la mula y el buey...
La Virgen, de rodillas,
San José enfrente,
cantan el "ajo-ajito"
al Rey de Reyes.
Las zampoñas se callan
y los rabeles:
que el Niño se ha dormido...
¡Dios, cómo duerme
el clavel más fragante
de los claveles!
Cuatro ángeles de plata
su sueño mecen;
yo los he conocido,
sus nombres tienen:
Primavera, Verano,
Otoño, Invierno,
al mandato divino
siempre sujetos.
Mecén al Niño
y cada cual le canta
su villancico.

Ofertorio de la Primavera

—Aquí estoy yo, primavera galana,
para festejar a la Luz del Alba.

Si tengo rosas de olor,
son las que me da su cara;
el perfume de mis brisas
es el de su boca santa;
sus ojuelos inocentes
son mis violetas moradas
y la flor de mis almendros,
sus carrillitos de nácar...

En creciendo que crezcas,
Niño gracioso,
yo aclararé las aguas
de mis arroyos,
para que vengas
a vestir con su espuma
tus manos tiernas.

Maduraré las limas
más limoneras
para que a la pelosa
juegues con ellas;
y en mis verdes hortalas
abriré fresas,
albaricoques de oro,
rojas cerezas,
que te ponga tu Madre
para merienda.

Aquí estoy yo, primavera galana,
para festejar a la Luz del Alba.

Cuando en la carpintería,
cepillando la madera,
la garlopa entre tus manos
de oro bruñido parezca,
me entraré por las rendijas
para velar tu faena
y volverte, pues son tuyas,
mi luz, mi flor y mi esencia.
Y en la alborada terrible
de la Pasión que te espera,
enjugará mi rocío
la sangre en tu frente yerta.

Aquí estoy yo, primavera galana,
adorando a quien me viste de gala.

Con el plumaje abatido
y las rodillas hincadas,
así dice el primer angel
que Primavera se llama.



Cuatro Estaciones

Ofertorio del Estío

Estas las palabras son
del angel que va después,
al que le dicen Verano
y estima de tal la prez,
rubio como las candelas,
que da gloria de lo ver,
con alas de roja pluma,
gallardías de doncel:
—Tú supiste mis fraguas
con tu fuego encender:
Niño, si tienes frío,
yo te calentaré;
que siempre estoy dispuesto
a cumplir mi deber;
si tú calor me diste,
¡negártelo sabré?
Desnudito te encuentro
sobre el duro pavés
del establo en que quiere
tu grandeza nacer,
entre los muros fríos
del portal de Belén,
¡a Ti por quien de pompa
se viste mi escabel
y mi carne florece
con oros de tu mies...!
Para rendir justicia
a mi Supremo Juez,
Niño, si tienes frío,
yo te calentaré.
Porque Tú lo encendiste,
mi sol quiero poner
cual pobre braserillo
a tus helados pies.
Y en ofrenda de amores,
yo te ofrezco también
de mis rútilas lunas
el bruñido joyel;
y mis frutas, mecidas
en dorado vaivén;
y los copos de estrellas
que chorrea la red
de mis noches solemnes,
para adornar tu sien...
Niño, si tienes frío,
yo te calentaré,
pues cuanto tengo y ardo
te lo soy en deber:

mis zumbantes colmenas
de dulce y rubia miel;
de mi nardo fragante
la fina morenez;
el ascua, riza y brava,
de mi ardiente clavel
y las lanzas que verguen
la santa gravidez
del estuche en que el trigo
promesa de pan es...

Este es mi orgullo mayor:
encerar la rubia espiga
con los besos de mi sol,
mientras se retuesta y dora
la costra de mi terrón;
trillar la parva en mis eras,
guardar el trigo en mi troj
y, en la muela de un molino,
volverlo harina de flor...

Harinita tan blanca
como esa nieve
que esmalta la madera
de tu pesebre...
Harinita de trigo,
tan fina y leve
que polvillo de estrellas
se me parece...
Harinita suave,
bien de los bienes,
que en tu blancura cuajas
sudor de frentes...
Harinita humildita,
claro deleite,
sacrificio callado,
lección paciente,
que al humano preparas
manjar celeste,
cuando amasas los panes
que le alimenten...
Blanca sangre del trigo
de que te mueles,

que al correr por la tolva,
mansa y alegre,
vas cantando purezas
en tu corriente...
¡A los pies de ese Niño
quiero ponerte,
cual la mejor ofrenda
que puedo hacerle!

Pasarán treinta y tres años
y en ellos florecerán
treinta y tres plumas de fuego
en mis alas de coral.
Entre María y José,
Niño hermoso, crecerás,
toda dulzura, tu lengua,
toda resplandor, la faz,
toda pobreza, tu vida,
toda tu lección, verdad,
mansedumbre y sacrificio,
perdones, amor y paz.
Y en una noche de luna,
fragante y primaveral,
a doce de tus amigos
a tu mesa sentarás,
para despedirte de ellos
partiendo el vino y el pan.
Un pan hecho de esta harina
que ahora a tus plantas está,
patena haciendo tus manos,
en tus manos alzarás
y esa Carne que de frío
ahora tiembla en el portal,
bajo especies de Hostia blanca
será del hombre manjar...

Niño: ¡por qué tienes frío,
Tú que mi calor me das...?
¡Niño mío, no tirites...!
¡Para, hermoso, de temblar...!
La rodilla afinojada,
¡no puedo ofrecerte más!
Te doy lo que Tú me has dado:
espigas para tu Pan...





La
ADORACIÓN
de los
PASTORES



Ayuntamiento de Madrid

FAMOSO CUADRO DE MURILLO. (REPRODUCCIÓN DEL PROF. EUG. NORMAN.)

Villancicos de las

Ofertorio del Otoño

Otoño tiene por nombre
el tercero de los ángeles:
túnica de sol poniente
y de oro viejo el plumaje.
Como blasón de su estirpe,
por gala y orgullo trae,
en la una mano, un racimo
—codicia de los lagares—,
y en la otra, simientes nuevas
ganosas de derramarse
sobre los surcos abiertos
por los arados tenaces.
Sus garzos ojos reflejan
quietud de doradas tardes,
y su noble continente
solemnidad, lenta y grave,
de río que se remansa
brindando espejo a los árboles.
La fimbria de su tabardo
que esmaltan vivos esmaltes
y en graciosos remolinos
descoge y levanta el aire,
besa las rosas gemelas
de sus finos calcañares;
y todo, a su paso, es gracia,
tenue matiz, luz suave,
leve tono, acento blando,
sedeño y fino celaje...
También la rodilla en tierra,
así le dice al Infante
que araña con los dedos
los lienzos de sus pañales
y, entre sí llora o si ríe,
concluye por aquietarse,
fijas sus claras pupilas
en las pupilas del angel,
como queriendo entender
lo que éste se apresta a hablarle.

(De su vara recta y fina,
sobre el florido remate
cruzadas entrambas manos
porque mejor se descansen,

José ha apoyado su barba
en actitud de escuchante;
mientras, solícita y dulce,
con primor mimoso y grácil,
el cabezal breve y tosco
abueca y mulle la Madre
bajo los caracolitos
que un halo de luz esparcen.)

—Niño, Dios y Hombre,
¿qué te daré yo,
si cuanto poseo
me lo da tu amor?:
oro de crepúsculos,
digna majestad
de prietos racimos
que me den collar...
Cortinas de lluvia
que, en manso caer,
a la barbechera
tempero le den...
Pámpanas de jalde,
uvas de rubí,
crujiente seroja
por áureo tapiz...
Búmedos banales,
nubes de tísú
y en la clara noria
colmado arcaduz...
Lagares que sangran
como un corazón;
tinajas hirvientes
de ardiente licor...
Afán que, al lograrse,
prepara otro afán:
el de la simienza
que se tarda ya...
Y al tibio socaire
de grato resol,
guardado del viento
por un sí es o no,
—en mesa de pino
nevado mantel—,

con la almendra rubia,
la morena nuez
y el vinillo nuevo,
mitad por mitad
con las rebanadas
de queso y de pan...
Niño, Dios y Hombre,
¿qué te daré yo,
si cuanto poseo
me lo da tu Amor...?
Hijo de María,
¿qué te podré dar,
si tus mismas manos
me lo dieron ya...?

Como si el Divino Infante
le diese así la respuesta,
Jesús extiende su mano
y una uva toma con ella
de las que en morado grumo
el angel tiene en su diestra;
y porque, aún Niño, no sabe
palabras de hombre su lengua,
con su sonrisa parece
decirle de esta manera:
—Angel Otoño: este grano,
día llegará en que sea,
trocado en ardiente zumo,
el vino para mi Cena;
y en la copa en que mis manos
lo eleven sobre mi mesa,
mi Poder lo dejará
a los hombres por herencia,
trocado por mi Palabra
en la Sangre de mis venas...
¡Mira, pues, si te agradezco,
Angel Otoño, tu ofrenda!

María, enjuga una lágrima
que en la pupila le tiembla...
José, pensativo y grave,
su barba gris manosea...
El Angel vuelve a su puesto...
La nieve en el campo arrecia...
Y la uva, con la que el Niño
alegre y gracioso juega,
entre el jazmín de sus dedos
refulge como una estrella...!



Cuatro Estaciones

Ofertorio del Invierno

El cuarto de los ángeles,
al que dicen Invierno,
también ambas rodillas
ofrece al frío suelo.
Muy pálido el semblante,
triste y cerrado el gesto,
la túnica de nieve
sobre su magro cuerpo,
escarchada corona
en la frente de hielo,
cenizosas las alas
y de plata el cabello,
a todos los rincones
del portalico viejo,
llega en gélidas rachas
su desmayado aliento.
En las manos, que cruza
sobre el hundido pecho,
se afilan diez cristales
de alabastrinos témpanos;
y su helada tristeza
y su talante serio,
desprenden, pese a todo,
un no sé qué de bello.
De su túnica blanca
el callado revuelo,
del Niño que dormía
aventa el blando sueño
y con soplo nevado
sacude en un retiemblo,
hechas morados lirios,
las rosas de sus miembros.

—¡Ay, mi Niño precioso,
ay, mi blanco lucero!—
dice, con voz tan fina
que recalca los huesos—;
sobre las pobres pajas
aterido te veo;
gozo me da mirarte
y pena, al mismo tiempo,
sin poder darte nada,
sino temblor y miedo.
¿Por qué nacer quisiste
súbdito de mi reino,
calado por mis nieves,
mecido de mis cierzos,
sobre la cuna fría

de mi pelado yermo?
No soy —Tú bien lo sabes
pues tus manos me hicieron—
tan cruel ni tan duro
como ahora parezco.
También rayos de soles
claros y tibios tengo;
deleitables dulzuras
bajo abrigados techos,
acogedoras lámparas
entre mis muros prietos,
y limpias tibiedades
de bien sabumados lienzo
do remansar torrentes
sobre de castos lechos;
y en cocinas camperas,
leñas de vivo fuego
a cuyo amor dorado,
íntimo y recoleto,
asar gordas castañas
o ir devanando sueños,
mientras en los cristales
repican lluvia y viento,
un gatico rezonga,
se mosquean los perros
y la abuela hila que hila
el copo de sus cuentos...
Pero Tú no has querido
que te dé nada de esto,
sino nieve y escarcha
y pobreza y entuerto
y frior y abandono
y adustez y mal gesto,
yo que hubiera querido
darte en gala y trofeo,
la caliente solera
de mis vinos añejos
y mis áureos aceites
y mis ricos sustentos
y mis claros hogares
de inocentes recreos
y mis halos de lámparas
y mis humos de espliego

y la lumbre olorosa
de mis cepas de enebro...!
Mi Niño bonito,
¿para qué has hecho esto?

El Niño, mientras sonríe,
decirle al ángel parece
con voz que, aunque no se escucha,
los corazones conmueve:
—Para que sepan los hombres,
cuando en la vida se quejen
de dolor y de pobreza,
de frío abandono y muerte,
que estas cosas santifico
naciendo en este pesebre,
Yo, a quien Hijo de Dios llaman
las jerarquías celestes.

Los ángeles, de rodillas
y contra el suelo la frente,
al Niño-Dios con sus alas
le están tendiendo doseles...

Una claridad serena
por todo cunde y se enciende;
nadie sabe si aún es noche,
nadie si el día ya viene,
nadie si debiera hablar,
nadie si callarse debe,
nadie si la tierra toca,
nadie si en nubes se mece...
En un invisible harnero
estrellas de oro se ciernen...
Los pastorcicos se emboban
sin acertar qué han de hacerse:
si seguir en mudo pasmo
o hacer sonar sus rabeles,
no sea que con el ruido
el Infante se despierte...
Y por las largas veredas
que cubre y borra la nieve,
avanzan en sus camellos
los Reyes Magos de Oriente...

Manuel de Góngora.





JESUS Y JUAN BAUTISTA NIÑOS

CUADRO DE MURILLO. (REPRODUCIDO POR EL PROF. EUG. NORMAN.)

Ayuntamiento de Madrid

Nochebuena



El escenario de la Nochebuena es blanco y frío. Nieve sobre las ramas del pino, verde sempiterno, que trae en la Nochebuena sobre sus hombros el viejo Noel o Santa Claus, y nieve también en el río helado de sus candidas barbas, y nieve en torno al establo donde al Niño Divino "las dos bestias buenas daban calor"—según el verso inolvidable de Rubén Darío—, y nieve en los senderos por donde acudían llamados por la estrella, portando oro, incienso y mirra, Melchor, Gaspar y Baltasar.

Claro está que, en muchas regiones, sobre todo en América, donde la cristiandad celebra la misma fiesta, el 24 de diciembre cae en verano; pero hace veinte siglos, era invierno en Belén, e, inevitablemente, es invierno cuando conmemoramos en Europa el divino acontecimiento, y es siempre un cuadro de invierno el que nos pinta la tradición.

El portal de Belén, en los Nacimientos conmemorativos, con su ingenia decoración de teatro infantil y su almiarada arquitectura de confitería, disfraz pudoroso y limpio de aquel pesebre verdadero en el sucio corral que, por la suprema voluntad de sacrificio humilde que presidió toda su vida, escogió, para nacer, el Redentor del Mundo, pone sobre sus abigarrados colorines de juguetería, escarcha de papel de plata y nieve en copos de algodón, para fingirnos un ambiente invernal. Frío por fuera y calor por dentro, en el movimiento, que suele engendrarlo en las zambombas; en la voz que canta sus villancicos y en el corazón que siente una necesidad de amor para calentarse el alma. Y es que el nacimiento de Jesús es el nacimiento o, mejor todavía, el renacimiento del amor en el mundo. Por eso acudieron a él los tres magos desde la lejana Caldea, y venían de Ecba-tana o de las orillas del Mar Caspio, costean-do el Mar Muerto, por el gran desierto de los nómadas, entre las cintas de plata del Tigris y el Eufrates; porque los había llamado el Amor. Y de estos Magos, los Reyes Magos, como hemos dado en llamarlos, dijo en su obra maestra Historia de Cristo ese gran escritor italiano convertido, Giovanni Papini, nuevo Saúl que halló su camino de Damasco en las páginas de su literatura y de su filosofía, que no eran reyes; pero que eran, entre los medas y los persas, amos y señores de los reyes. Porque los reyes mandaban en los pueblos, pero los Magos guiaban a los reyes y representaban—no copio exactamente las palabras del escritor, porque cito de memoria—la parte del espíritu entre un pueblo que vivía para la materia. Eran la sabiduría, que venía a postrarse de rodillas ante la cuna de Jesús, con la mula y el buey, que representaban la Naturaleza, y con los pastores, que representaban al pueblo; eran la vieja casta sacerdotal de Oriente, que se sometía al nuevo Señor, al que había de mandar sus nuncios de paz hacia Occidente;

eran los sabios del humano saber, que ponían de hinojos su ciencia material de palabras y de números ante la nueva sabiduría del Amor.

Porque el Amor no tiene palabras, yo rechazo las pobres mías al evocar el nacimiento de Jesús Nazareno. Busqué las ajenas, en la prosa extraña de un escritor ilustre que se hizo cristiano; las vuelvo a buscar, citando otra vez a Rubén Darío, cuyo nombre tiene un sabor de época que se compadece con el recuerdo, en los versos temblorosos de misticismo, del poeta que sentía idolatrías artísticas de pagano:

Yo sé que ha nacido Jesús Nazareno,
que el Mundo está lleno de gozo por él,
y que es tan rosado, tan lindo y tan bueno,
que hace al Sol más Sol y a la miel más miel.

Hacía frío en el Mundo, y floreció, bajo la luz de la estrella, una rosa de amor en la carne humana y divina del Hijo de Dios. Hace frío en la noche nueva, preludio de la noche vieja, última del año, liquidación de cuentas de la conciencia, que ansía revivir a otra vida. Los corazones se buscan en la Nochebuena; ha llegado el Redentor del Mundo y ha traído el Amor, y los prójimos se juntan unos a otros, apiñándose en torno al faro de paz. Y los amigos que dejaron de serlo, quieren anudar de nuevo los rotos lazos de su vieja amistad, y los solitarios quieren calor de compañía, y los huérfanos de amor se encienden apasionados, para que el amor sea abuelo, y hasta los esposos que rompieron su sagrada coyunda indisoluble, por una sentencia de los jueces de la tierra, que sólo tenían la dudosa sapiencia acomodaticia de sus códigos rebeldes, pudieran volver, con su deseo a pensar en la romántica y venturada promesa de su juramento lleno de poesía, "para toda la vida, hasta que la muerte nos separe", porque el amor verdadero nunca admite la posibilidad de su fin, y la Nochebuena es la noche del amor verdadero, porque en la aurora que la siguió había nacido el Divino niño, con su sonrisa de Paz, y poniendo en el aire como un temblor caliente de beso, que hacía de todo el orbe una sola patria para la Humanidad.

Y ya no hay enemigos, y ya no hay rencorosos, y ya no hay olvidados, y ya no hay reñidos, en el coro de corazones que han de juntarse para cantar el mismo himno exultante de fraternidad por nuestra semejanza con nuestro Creador, en esta noche en que nació su Hijo, en que vuelve a nacer cada año, en que seguirá naciendo por los siglos de los siglos, el Dios que se hizo hombre para sufrir por amor nuestro; en esta noche clara y fría, perla de nieve bajo la estrella, que es la noche santa de todos los amores.

(PHOTO CENTRALE. ZÜRICH.)

FELIPE SASSONE

Navidad

fiesta de amor



ENTRE todas las fiestas del año, es Navidad la más hermosa. Porque es fiesta divina y es fiesta humana. Es fiesta en que el Hijo de Dios se hizo hombre y en que los hombres, en cálido empuje de fervor, ternura y poesía, se acercan a Dios. Fervor, ternura y poesía son perfume de almas, música sin notas, oración sin palabras, que suben de la tierra al Cielo como el mejor incienso.

Navidad es fiesta de amor. Amor que brilla en las pupilas infantiles que rodean el Nacimiento. Amor que canta en la ingenuidad de los villancicos. Y amor que siente crecer sus alas a los acordes solemnes del órgano.

Brilla en los hogares cristianos la estrella de la Fe. Fuera soplan quizá las pasiones y las ambiciones y las dudas el frío de sus vendavales. Pero en el seguro recinto todo es calor de nido y calor de ilusión. El padre y la madre—ternura a ternura—han vestido de plata el árbol y de escarcha el Nacimiento. El padre y la madre—ternura a ternura—, lo mismo que han prendido lucecitas en el pino, han prendido lucecitas en las almas de sus hijos. Lucecitas de fervor y de

poesía, cuyo maravilloso reflejo nimbó en la memoria de los hombres de mañana el recuerdo de las Navidades hogareñas.

El padre y la madre han sembrado Amor en el campo fértil de los corazones infantiles. Amor hacia ese Niño Dios que tiene abiertos los brazos, y Amor—divino Amor de San Francisco de Asís—hacia el hermano buey y la hermana oveja...

¿Han sembrado también amor hacia el hermano pobre?

En estos días en que de los hogares cristianos sube hacia el Cielo un himno vibrante y en que niños felices rezan, cantan y ríen, ¿hemos hecho pensar a nuestros hijos un poco en aquellos otros nenes que sólo conocen de la Nochebuena el frío y el hambre? ¿Les hemos enseñado a sentir esa maravillosa forma del amor a Dios que es Caridad, y esa sublime alegría que es dar?

Era el año pasado, en día de Reyes. La Castellana, bajo un cielo puro y azul, extendía su plantel de niños, cargados de juguetes. Las flamantes muñecas lucían sus faldas vistosas y sus rizos perfectos.

Volaban las "patinettes" nuevas y los nuevos triciclos. Desde un banco, un hombre, con dos niños de la mano, contemplaba sombrío aquel alegre mundo que alegre presumía.

—Papá—preguntó de repente uno de los chiquillos—, ¿es que los Reyes Magos no vienen para los niños pobres?

El hombre, visiblemente, pugnaba con su emoción. Pero de pronto, alguien se encargó de contestar. Una mujer joven que se alzó junto a él y que también llevaba dos niños de la mano.

—Los Reyes Magos vienen para todos los nenes que son buenos. Sólo que en casa de algunos dejan juguetes para varios. Mirad lo que a mis hijos han dejado para vosotros...

Y la muñeca de faldón azul pasó de brazos de la pequeña rica a brazos de la pequeña pobre, y el triciclo, siguiendo paralelo trayecto, también cambió de dueño...

¡En casa de algunos dejan juguetes para varios! ¡Todo un poema de amor! En casa de algunos dejan pan para bebés que tienen hambre y sonrisas para pequeñas bocas tristes. Y renovada confianza en la vida para sus padres. Y renovada fe en Dios.

En casa de algunos hay ternura a repartir. Y botes de leche junto a botes de leche. Y mantas de lana junto a mantas de lana. Y un caballo de cartón junto a otro caballo de cartón. Y una muñeca de trapo junto a otra muñeca de trapo...

En el bienestar de algunos, apretándose un poco, queda un poco de sitio quizá... Y en las velas lucientes de fervor, de amor y de bondad pueden quizá encenderse otras velas apagadas de fervor, de amor y de bondad...

Una miseria espantosa, ignorada de la mayoría de nosotros, clava precisamente en estos crudos días de invierno sus garras en los arrabales de nuestras ciudades. Los cuadros dolorosos trenzan su corona de espinas en torno a las sagradas fiestas. En recientes visitas domiciliarias he podido verlos yo misma: habitaciones donde se apiñan familias enteras. Hogares en los que, desde hace seis meses, no entra el carbón. Chiquillos tuberculosos en viviendas lóbregas. Legiones de hombres sin trabajo. Y angelitos y más angelitos que, entre hambre, frío, ignorancia, taras sociales y dolor, nada saben de lucecitas en un árbol ni de lucecitas en el corazón.

Desde su pobre pesebre, el Niño Dios, en gesto de infinito amor, tiende los brazos a los Reyes, cargados de ricos presentes y a los humildes pastores cargados de dádivas humildes.

A nosotros también nos tiende sus brazos, lectores. ¿Pero qué les llevamos nosotros entre las dos manos juntas? ¿Sonrisas de niños? ¿Bendiciones de madres? ¿Renunciamiento a un poco de bienestar? ¿Sacrificios pequeños que pueden ser simiente de rica floración?

La ofrenda más bella que el hogar verdaderamente cristiano brinda al Niño Jesús en estos días sagrados es su ofrenda de Caridad-Amor, que, perfume de almas, música sin notas y oración sin palabras, sube al cielo como el mejor incienso.

(DIBUJOS DE A. T. C.)

CARMEN DE ICAZA



LOS NIÑOS DEL

NIÑO * DIOS

EL SOLARIO DEL HOSPITAL-ASILO DE SAN RAFAEL

DESPUÉS DE CURADO, UN ENFERMITO ES DEPOSITADO CUIDADOSAMENTE EN SU LECHO, AL AIRE LIBRE



UN HERMANO DE SAN JUAN DE DIOS ENSEÑA A ANDAR A UN PEQUEÑO ASILADO RECIENTE OPERADO



La primera asignatura que debe aprenderse es la caridad: asignatura original para comprender la vida y perfeccionarla. En el Nacimiento de Jesús está su expresión inefable. Nace Dios—se hace hombre—para implantar un Reino nuevo. ¿Y cuál es la substancia de su doctrina? El amor de unos a otros, el apoyo de los débiles por los fuertes, el remedio de los males por el celo fraternal. Esta es la Buena Nueva que sale de la figura de ese misterio. Jesús infantil presenta la humildad, la pobreza, la necesidad de cuidados y de afecto para excitar eternamente el sentimiento de adopción del pobre que la riqueza y el bienestar adormecen. Es la suya una dulce invitación a proteger al que está desvalido, a ayudar al débil, a dar al que lo ha menester. Convierte la ley natural de solidaridad en unión familiar y estrecha; incita a la acción, a sacrificarse por los otros, a ganar la eterna vida regalando, en beneficio de la Humanidad, la propia vida terrena; es el manantial de fuego que inflama las almas y las empuja al silencioso heroísmo de curar la úlcera, el hambre y la ignorancia de los semejantes. Sobre la estampa del Nacimiento podrían escribirse, como definición, las tremedas palabras de San Pablo: “La fe sin obras, muerta es”

Hay seres—para mí sobrehumanos—que explican prácticamente esa asignatura de la caridad que irradia del cuerpo del Dios-niño abrigado entre la paja de un pesebre por el aliento de dos humildes bestias. Hay seres que, en el área de vida en que están arraigados, implantaron y defienden ese Reino nuevo. Son los misioneros, los hermanos de la Caridad, los educadores, los enfermeros de taras horribles. Su destino es proporcionar alivio, alimento, cultura. Sus manos no tocan sino para añadir consuelo. Viven con unos céntimos, durmiendo cinco horas de cada cuarenta y ocho, visten paño burdo, son silenciosos, impersonales, castos. En plena adolescencia muchos de ellos, otros viejos y de salud arruinada, monjas de delicadeza, frailes de Ordenes rigurosas, van por las salas de los hospitales, entran en tre jaurías de epilépticos y de locos, afrontan las tribus salvajes, los climas mortíferos, los horrores de las leproserías y de los depósitos de carroña que aún alienta, buscan a los desahuciados de todas las pestes, a los fanatizados por todas las ignorancias... Y esos seres van ignorados, oscuros, idénticos, por todos los mapas del sufrimiento, derramando bálsamos de palabras, de compañías, de estímulos morales y medicinales, de esperanza en un futuro, de alegría de sentir, en los infiernos del dolor, la gota fresca que mitiga el insufrible tormento de abrasarse. Nada rechazan esos seres sobrehumanos de cuanto está contaminado, no hay, para ellos, espectáculo deprimente que no afronten con serenidad. Y a la hora de morir, por contagio o por agotamiento, o destrozados en el martirio, esos soldados sin nombre elevan los ojos al cielo y sólo repiten con gozo. —¡Gracias!

¿Qué valor tiene en la vida esa levadura? ¿En qué medida contribuye el ejército de apóstoles de la Caridad cristiana a que seamos todos menos lobos unos de otros? Es difícil calcular la medida de las influencias espirituales. Pero tenemos siempre ante los ojos, en cualquier país, en todas las latitudes, el espejo, el módulo de conducta de los religiosos y esa lección es un permanente freno a nuestro egoísmo y un estimulante perfecto para el bien. “Fray Ejemplo es el mejor predicador”, dice la sabiduría práctica. Sin el ejemplo a lo vivo de los religiosos la crueldad humana hubiese utilizado muchas más rocas Tarpeas.

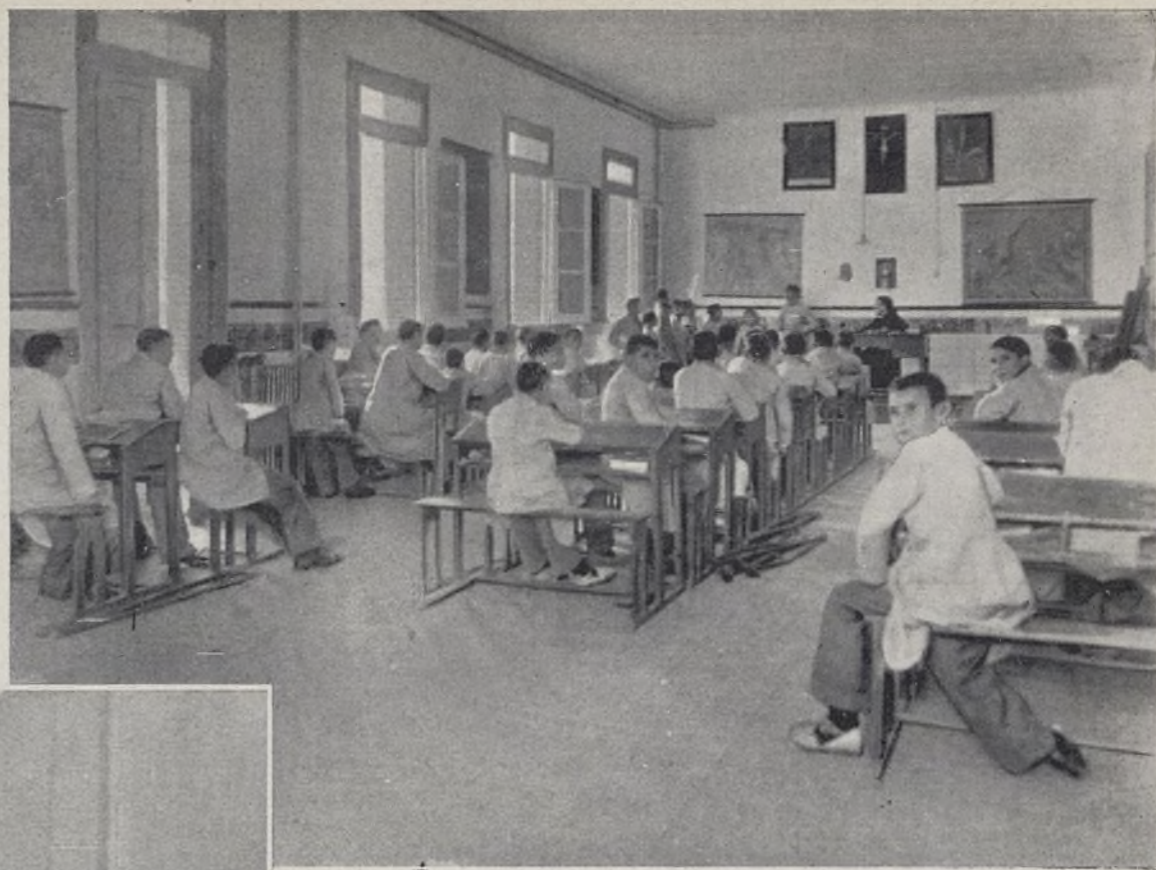
Es de un Niño la fiesta que registramos en estos anales que son el periódico y justo parece que nos fijemos en la influencia de la conmemoración sobre los niños. Del haz luminoso que brota de la Natividad separemos uno de sus rayos: el dardo de ternura que mueve místicamente con exacto sentido de la realidad—aleación muy española—a los cuidadores



de un asilo. En la carretera de Chamartín, en Madrid, está el Hospital Asilo de San Rafael. Treinta hermanos de San Juan de Dios realizan una de esas obras que sólo por amor a Jesucristo pueden resistirse. La Orden de San Juan de Dios, de origen español (empezó en Granada por iniciativa del Santo portugués), se dedica a aliviar la suerte de los enfermos mentales y de los niños lisiados.

Entre las instituciones que la Orden sostiene en España—todas ellas exclusivamente de limosna—la más considerable quizás es este Asilo Hospital de San Rafael. Doscientos niños están acogidos de modo permanente y se prestan unas tres mil asistencias anuales, en la clínica, a enfermitos externos. El año anterior, en el Hospital-Asilo de San Rafael, se han realizado 29.483 operaciones de cirugía, 3.675 manipulaciones de laboratorio; 4.302 sesiones de rayos X y fisioterapia, se han construido 1.800 aparatos y moldes para escayolado, y se han llevado a cabo 4.720 consultas de medicina.

Pensad que esa labor la afrontan—además del trabajo de cuidar y mantener doscientos asilados—treinta frailes de los cuales siete salen diariamente



UNA DE LAS AULAS DONDE
APRENDEN LOS NIÑOS LA
PRIMERA ENSEÑANZA



GRUPO OBTENIDO EN UNA
DE LAS CLASES PARA
NIÑOS CONVALECIENTES



EL REVERENDO PADRE
CABALLERO, DIRECTOR DEL
HOSPITAL-ASILO DE SAN
RAFAEL. (FOTOS V. MURO)

te a pedir limosna para sostener el Asilo, que no disfruta de subvención ni gaje oficial alguno. ¡He aquí, con la frialdad de la estadística, qué obra muere ese dardo de ternura salido del Dios Niño, ejemplo de Caridad!

Los Asilados y concurrentes al Hospital-Asilo son niños víctimas de enfermedades espantosas: parálisis infantil, tuberculosis osteo-articular, mal de Pott (torcedura de la columna vertebral), coxalgia, tumor blanco... De propósito no quiero intentar la descripción de esa Casa de Misericordia. El asco de tales enfermedades se une al mayor sentimiento de ver que quienes las padecen son niños. Muchos de ellos tienen que permanecer meses—y años—en el lecho, en envolturas de escayola, sostenidos en posturas que no pueden alterar ni para comer; otros van en armaduras ortopédicas arrastrando sus miembros deformes; los hay que tienen que ser operados, periódicamente, una vez y otra vez; los más impresionantes son esqueletos por cuyo costado mana la supuración, que hay que limpiar con espacios de minutos.

¡Y todavía no son éstos los más desgraciados! Porque son atendidos científicamente, se curan en gran cantidad al cabo de años de paciencia, en que se enderezan los huesos, se remedia el estado general, se alivia la tuberculosis, crece un peroné que no existía, se robustecen las vértebras, desapareciendo el encorvamiento... Los más infelices son los miles de niños que padecen esas mismas dolencias, pero que no pueden ser admitidos allí, porque los siete frailes que salen a pedir limosna todos los días para sostener la Casa de Caridad y de Salud no allegan a duras penas más que lo suficiente para sostener a los doscientos que ya hay...

Cerca de cuatro mil niños de toda España han presentado instancia, y sin los cuidados de los especialistas y hermanos de San Juan de Dios morirán, en su mayor parte, porque son niños de familias muy pobres. El remedio sería fácil; la mayor atención de las familias en bienestar, que pueden contribuir con unas pesetas al año al alivio de las familias azotadas por el dolor de no poder curar a sus hijos. ¡Pensad, los favorecidos, en lo que la Navidad significa! Y que esos niños engarabitados que gimen, víctimas de enfermedades implacables, son los niños predilectos del Niño-Dios, que quiso nacer hombre para ser ejemplo de amor. Y que lo que hagáis por los desventurados será escrito allí, de donde no se borrará nunca.

TOMÁS BORRAS



*Segura
de si misma*



"SEGURO POR SI MISMO"

SEDAN 8-11 HP.



ADLER

DISTRIBUIDORES

A.T.A.

Goya 24-MADRID

Ayuntamiento de Madrid